

# DISCURSO

PRONENCIADO

POR DON JOSE AMADOR DE LOS RIOS

EN LA SOLEMNE INVESTIDURA

DEL GRADO DE DOCTOR EN LETRAS.

**MADRID,**

IMPRESA, CALLE DE SAN VICENTE BAJA, A CARGO DE D. CELESTINO G. ALVAREZ.

1850.



## LA POESIA ESPAÑOLA NO DEBE SU NACIMIENTO A LA LIMOSINA <sup>1</sup>.

EXCMO. SEÑOR:

«No solo la poética Provenza, sino nuestra Picardía, nuestra Normandía parecen haber producido cantares y poetas antes que España.»

(VILLEMAIN: *Hist. lit.*)

«No es dudable que la poesía italiana trae su origen de la provenzal ó limosina: en cuanto á la nuestra, podemos asegurar que tuvo el mismo principio, luego que abandonó la imitación latina. Los trovadores de Castilla escribieron en su propia lengua, imitando á los provenzales, y adoptando la medida y colocación de sus versos.»

(MORATIN: *Orígenes del teatro esp.*)

Cuando los críticos extranjeros que aspiran á conocer en la presente edad los inapreciables tesoros de la literatura castellana, condenan así al ingenio español á ser el último que se levanta de entre las ruinas del mundo antiguo; cuando escritores nacionales de tan alta y merecida fama le niegan la espontaneidad y la originalidad al mismo tiempo, derivándola de extrañas naciones, apenas acertamos á explicar la admiración que en nosotros producen la sencillez, la ver-

<sup>1</sup> Este discurso forma parte de varios capítulos de la HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA que hace algunos años me hallo escribiendo: en él se han suprimido las numerosas notas é ilustraciones con que procuro en dicha historia comprobar los hechos, á fin de reducirlo á verdadera forma oratoria.

dad, el vigor y la no ostentada riqueza de los primitivos monumentos de nuestras letras, acusadas desde su cuna de soñolientas é imitadoras. Sube de punto la admiracion, cuando al negar la antigüedad de nuestra literatura, poniendo en tela de juicio la legitimidad de su origen, se concede que fue hija la poesia española del entusiasmo bélico y religioso de nuestros mayores, reconociéndose como títulos brillantes de aprecio esa misma originalidad y espontaneidad, de lleno rechazadas hasta ahora. A la verdad no es fácil descubrir las causas de contradiccion semejante; mas si al estudiar las primicias del arte español, se hubiese procurado establecer sus relaciones con los demas elementos de cultura que germinaban en nuestro suelo, resultando naturalmente de este examen que era la poesia la expresion mas propia de aquella civilizacion naciente, hallándose de acuerdo con sus artes y sus ciencias, con sus creencias y sus costumbres, sin duda se habrian abstenido tan ilustres pensadores de lanzar sobre ellas este injusto fallo.

Acaso el respeto tributado á eruditos de pasados siglos es en este género de estudios rémora á toda especulacion y obstáculo á todo progreso en el descubrimiento de la verdad, por tantos caminos buscada. Pero si respecto de los nacionales puede admitirse hasta cierto punto esta disculpa, teniendo en cuenta el carácter de los estudios, principalmente en la época en que el docto Moratín escribe, no militan iguales razones respecto de los críticos éxtranjeros, entre quienes logra Villemain grande autoridad y justa nombradia.— Encaminados allí tiempo ha los estudios literarios á un fin verdaderamente filosófico; auxiliados poderosamente por la historia, no era de esperar por cierto que se contentára la crítica con las antiguas conquistas, movidas por distinto propósito y dirigidas á diferente meta.

Habíase asentado generalmente que la poesia española debe su origen á la provenzal ó limosina, y admitida sin con-

tradición alguna esta opinión; fácil fue deducir que no solo la Provenza, sino también la Picardía y la Normandía, produjeron cantares y poetas antes que España.—Moratin llegaba hasta el punto de asegurar que nuestros trovadores adoptaron la medida y colocación de los versos limosines. Sin duda Moratin y Villemain tienen en la república de las letras abundantes sectarios; pero hasta ahora no se han aducido las pruebas de este que podremos llamar aventurado aserto, no siendo la aquiescencia de los eruditos bastante á tranquilizar la crítica sobre punto de tanta importancia en la historia de la literatura española. Necesario es por tanto refrescar estas tareas, si hemos de obtener el fruto deseado, cuando comienza ya á reconocerse entre nosotros que no el ciego espíritu de escuela, sino la razón y la filosofía, deben servirnos de antorcha en este linaje de estudios.

Fué el primero que fomentó en España la opinión de que debíamos los españoles el origen de nuestra poesía á la imitación limosina, el merecidamente alabado don Iñigo Lopez de Mendoza, cuando en su celebrada *Carta al Condestable de Portugal* se expresaba del siguiente modo: «Extendiéronse, »creo, de aquellas tierras y comarcas de los lemosines estas »artes á los gálicos é á esta postrimera é occidental parte de »nuestra España, donde asaz prudente é fermosamente se han »usado.» Siguiéronle en diferentes épocas nuestros eruditos, manifestando su conformidad con la referida opinión bajo distintos aspectos, hasta que don Ignacio Luzan, cuyo crédito literario era de grande peso en toda clase de cuestiones, pareció resolver la presente en estos términos: «Una de las »primeras (artes y ciencias) á renacer fué la poesía en los »brazos de provenzales y sicilianos, que se ejercitaron en »ella con mucho aplauso, hasta que desterrada del todo la »barbarie en Europa, y restituidas á su primer lustre las »buenas letras, florecieron muchos y muy excelentes poetas »en Italia, España, Francia y otras partes, que si no exce-

»dieron en grandeza y naturalidad á los antiguos, por lo me-  
 »nos en arte, erudicion é ingenio los igualaron.» Esta creen-  
 cia de Luzan, que se derramó entre los doctos de su tiempo,  
 no puede ya ser admitida por la crítica; pues que no sola-  
 mente se halla desmentida por los hechos, sino que repugna  
 á la razon y al sentimiento del arte. Y no se nos traiga para  
 sustentarla el testimonio de escritores extrangeros, que como  
 Juan Nostradamo, Antonio Bastero, Thiraboschi, Baynouard  
 y otros han pretendido presentar la poesia de los provenzales  
 como la fuente del arte moderno. Respecto de Juan Nostra-  
 damo ha pronunciado ya su fallo la crítica, reconociéndose  
 que reunió en su historia, sin discernimiento alguno, las rela-  
 ciones mas absurdas, fabulosas y contradictorias, atrope-  
 llando de un modo reprehensible la verosimilitud y la cronolo-  
 gia. El entusiasmo que presidió á las tareas de Bastero fue  
 causa sin duda de que en su *Crusca proenzal*, obra donde  
 derrama grande erudicion, se mostrase poco justo respecto  
 de las demas poesias vulgares, concediendo á la limosina  
 una antigüedad injustificable y una influencia omnímota so-  
 bre todas. Thiraboschi, llevado del propósito de investigar  
 los orígenes de la poesia italiana, y hallándolos entre los  
 provenzales, no titubeó en deducir de esta especulacion que  
 todas las poesias modernas reconocian igual nacimiento; en  
 lo cual convino el abate Andrés con poco exámen. Mas osa-  
 do que todos Mr. de Baynouard, ha asegurado en nuestros  
 dias que existió ya la poesia limosina desde el siglo IX, sin  
 tener en cuenta que el lenguaje usado en aquella época, tan-  
 to en la Provenza como en las demas comarcas de Francia,  
 era un latin bárbaro que conservaba aun parte de su anti-  
 gua estructura, no habiéndose formado por tanto la *plana*  
*lingua romana* en que escribió Jufre Rodel sus canciones.  
 ¿Pero se han tenido en cuenta, cuando se ha discurrido de  
 este modo, todos los hechos?... ¿Se ha examidado esta cues-  
 tion bajo su verdadero punto de vista?... Hé aqui lo que nos

otros negamos: para resolver si la poesia española debió ó no á la provenzal su nacimiento, necesario es considerar este punto bajo sus relaciones históricas, filosóficas y artísticas, llegando quizá á obtener de este modo la verdad, norte único de la crítica.

«La poesia provenzal, escribe M. Amedeo Duquesnel, nació en el siglo XI y llegó hasta fines del XIII sin progreso alguno notable.... Esta literatura se extinguió bien pronto: la *lengua romana* desapareció ante el brillo del toscano de Alighieri, muriendo despues de dos siglos de existencia, tal vez porque ningun grande ingenio la habia consagrado con sus pensamientos sublimes.» Casi lo mismo habia escrito P. J. Ginguené, fijando á la poesia provenzal su origen en la conquista de Toledo, época de que datan, en su juicio, los primeros cantos de los trovadores, y á que deben tambien referirse los primitivos ensayos de la poesia española. Estos críticos, que parecen haber tenido presentes las observaciones del jesuita Quadrio, el cual afirma en su *Storia ogni poesie*, que antes del año 1100 no se halla vestigio alguno de literatura entre los provenzales, convienen no obstante con el referido escritor, en que el primer poeta limosin, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, fué Guillermo IX, conde de Poitou y duque de Aquitania, el cual floreció principalmente entrado ya el siglo XII. Dedicáronse tambien bajo su proteccion al cultivo de la poesia algunos cortesanos, entre quienes se hizo notable, tanto por su entusiasmo como por sus extravagancias, el ya citado Jufre Rodel, de cuyos versos se deduce palmariamente que la lengua provenzal no se prestaba aun, como dócil instrumento, á las modulaciones del canto. Continuaron los condes de Provenza viendo con predileccion á los que se consagraban al cultivo de la música y de la poesia, hasta que por los años de 1150 les comenzó á prodigar el emperador, Federico Barbarroja, toda clase de premios y de honores, estimulándolos al par con su

ejemplo.—Preciábase Barbarroja de discreto poeta y de versificador esmerado; y tomando parte en el concierto que levantaban sus trovadores, logró en poco tiempo inocular en sus magnates el mismo amor á la poesia, siendo esta sin duda la época en que tomó mayor vuelo la literatura provenzal, segun observa César Nostradamo, al asentar con mas seguro criterio que Juan, su tio, que por los años de 1162 empezó á dar verdaderos frutos la poesia de los limosines. En efecto; desde este tiempo principian ya á ser oidos los nombres de Sordello de Goito, Peyrols de Roquefort, Bertrand del Born, Arnaldo de Marveil y tantos otros guerreros y cortesanos como durante los siglos XII y XIII pulsaron la lira y usaron la lengua de los provenzales, ya para cantar sus amores, ya para ensalzar las proezas de sus amigos, ya en fin para derramar sobre sus enemigos el amargo veneno de la sátira. La literatura limosina, como dejamos indicado por boca de Duquesnel, despues de haber exhalado todos los acentos del amor y de la galanteria, llega á fines del siglo XIII, ya decadente y desautorizada, siendo inútiles los esfuerzos de Giraud Riquier, para contener su descrédito. Cuando este trovador recurre á don Alonso el Sabio, para rogarle que ampare la poesia provenzal, confiesa paladinamente que habia sido mas protegido en Castilla aquel peregrino arte que en la misma Provenza y en otra cualquiera comarca.

Del breve sumario que acabamos de hacer, se deduce sin ningun género de dudas, que los primeros monumentos que presenta la historia de la literatura limosina se remontan solo á principios del siglo XII; siendo de todo punto inadmisibile cuanto se ha escrito, para fijar su origen y desenvolvimiento en mas lejanos dias.

Entre nosotros no ha sido posible hasta ahora que la crítica presente iguales testimonios para comprobar la antigüedad de la poesia castellana; porque el poco aprecio con que se han visto las primicias del arte español, ha dado pábulo

para que admitidos una vez los errores, hayan tomado cuerpo y consistencia sin contradicción alguna. Todos los que se han dejado llevar del aserto del marqués de Santillana, han perdido sin embargo de vista que este esclarecido poeta manifestaba ya de una manera inequívoca en su *Carta al Condestable*, que era el *Poema de Alejandro* el primer monumento literario de que tenía noticia, lo cual observa oportunamente en sus *notas* don Tomás Antonio Sanchez. Y si el *Poema de Alejandro* pertenece, como se ha demostrado por este docto bibliólogo, á mediados del siglo XIII; si el lenguaje, la metrificacion y la rima empleados en él, declaran ya un nuevo desarrollo de la poesia, al compararlo con la *Leyenda* y el *Poema del Cid* y con la *Vida de Santa Maria Egipciaca*; si aun en parangon con las obras de Berceo, se advierte que el lenguaje ha hecho notables progresos, ¿por qué pues escritores tan distinguidos como Moratin entre los propios, y como Villemain entre los extraños, han asentado en nuestros dias que la poesia española es posterior y debe su origen á la limosina, teniendo sin duda por base de su creencia el aserto del marqués de Santillana? Lamentable es en verdad que asi se den por resueltas cuestiones, que no solamente no se han controvertido, sino que al serlo han de poner de manifiesto la fragilidad de opiniones hasta ahora respetadas, ofreciendo acaso resultados enteramente contrarios á las mismas.

Entrando de lleno en la cuestion, debemos observar ante todo que si á principios del siglo XII se cultivaba ya la poesia limosina, por los años de 1108 era celebrado en la córte de Alonso VI y designado con el nombre de poeta, Alfon Gramático, al cual hubieron de suceder mas adelante otros juglares y trovadores, siendo reconocidos por tales en instrumentos públicos. Esto manifiesta de una manera harto significativa, que eran bien vistos entre los castellanos, no causando extrañeza alguna aquella denominacion que parecian

usar con cierta vanagloria. Los nombres de Palea, juglar, de Gomez, trovador, y de Giliberto, poeta, aparecen en efecto en varios documentos del siglo XII, refiriéndose á los años de 1136, 1145, 1197 y 1203, entrado ya el XIII. Véase, pues, cómo apoyándonos en testimonios históricos, debemos oponer á la antigüedad de los primeros trovadores que se nos citan entre los provenzales, poetas castellanos de igual época; á los cuales y á otros muchos, cuyos nombres todavía ignoramos, podrian acaso atribuirse los primeros monumentos escritos de nuestra literatura. La *Leyenda de las mocedades del Cid*, así como el *Poema* consagrado á cantar las proezas de aquel célebre caudillo, y el ya citado de *Santa Maria Egipcíaca*, ofrecen tales caractéres, ora respecto del language, ora de las formas poéticas, encerrando al par tantos rasgos relativos á las costumbres palpitantes, digámoslo así, y tan frecuentes alusiones á los personajes poco há fallecidos ó existentes aun, que despues de un exámen profundo y filosófico, no es dable dudar de que fueron compuestos en el período en que florecieron los referidos poetas. Pero aunque no se hubieran dado á la estampa la *Leyenda de las mocedades*, ni los *Poemas de Santa Maria Egipcíaca* y de los *Reyes Magos*, monumentos que en la rudeza de sus formas y en la nativa frescura de los afectos que expresan y de las costumbres que pintan, están revelando los títulos de su legitimidad; todavía la grande extension del *Poema del Cid* debió probar á nuestros críticos que antes de emprenderse una obra de semejantes dimensiones, se habrian escrito otras poesias mas cortas y fugaces, como lo son las que parecen atribuirse á Guillermo IX y á Jufre Rodel, primeros trovadores limosínes. No cabe, en nuestro concepto, duda alguna en que, si el *Poema del Cid* no manifiesta ya un grande adelantamiento de la poesia castellana, demuestra al menos que se habian hecho repetidos ensayos escritos. Teniendo, pues, en cuenta que se ha convenido, con no poco acierto, en que debió com-

ponerse el referido poema á mediados del siglo XII, menester es deducir lógicamente que comenzó á alborear la poesía castellana, cuando menos, desde principios de aquel siglo; lo cual nos confirma la existencia de Alfon Gramático, quien para ser en 1108 aplaudido como poeta en la córte de Alonso VI, debió nacer á fines del segundo tercio del siglo XI. Si de la poesía escrita; es decir, de la cultivada por los que algo sabian, pasamos á la popular, nacida espontáneamente entre la muchedumbre ignorante; todavia serán mayores las dificultades para admitir esa prioridad pretendida. Destinados los romances castellanos á exaltar el espíritu guerrero de la cuna, á mantener vivo en el ánimo de los paladines de la patria el heredado odio al islamismo, á perpetuar las hazañas, á enaltecer en fin las glorias adquiridas en cien combates; revelan vigorosamente, con las costumbres de aquellos siglos de hierro, el amor al suelo difícilmente defendido, el extremado cariño á la libertad, desastrosamente perdida y á costa de inmensos sacrificios conquistada, y una confianza sin límites en el triunfo de la causa con tan generoso aliento sostenida. Refléjanse en ellos, como en clarísima y no enturbiada fuente, las tradiciones y creencias que animaban el espíritu público del pueblo castellano, y brillan con igual fuerza los sentimientos íntimos que germinaban en el hogar doméstico. Cantados unas veces al entrar en las batallas, costumbre aprendida de los godos, quienes la tomaron de los antiguos germanos; entonadas otras sobre el adarve de un castillo asentado en la frontera, á vista de un enemigo vigilante é irreconciliable; ya exhalados por el labrador, cuyo robusto brazo trocaba la espada por el arado; ya por el menestral, que buscaba en las artes de la paz descanso á las fatigas de la guerra, siempre encontramos en este género de poesía el sello de aquella alta independencia que forma el carácter de la nacion española. Temerario sería por tanto el sujetar esta poesía á ninguna influencia extraña, respecto de su origen: los primeros

cantos populares que entonaron los cristianos se refieren naturalmente á una época en que encerrados en el centro de las montañas, carecian de comercio y comunicacion, aun con los árabes sus vecinos.

Hasta aquí la cuestion propiamente histórica, en la cual hemos procurado ser breves. Veamos de considerar la importante materia de que vamos tratando, desde el punto de vista filosófico; para lo cual habremos de juzgar comparativamente la poesia limosina y la castellana, obteniendo de este paralelo la luz que apeteceamos. 1.º ¿Cuál es el carácter de la literatura provenzal desde los primeros dias de su existencia? ¿Qué elementos la constituyen? ¿Qué principios políticos y religiosos la animan? ¿Cuáles son las costumbres que revela? 2.º ¿Cuál es el carácter de la poesia española desde sus primeros vagidos? ¿Cuáles son las fuentes en donde se inspira? ¿Qué principios políticos y religiosos, qué costumbres representa? Hé aquí en nuestro concepto la fórmula natural de esta cuestion en el terreno de la filosofía: tratemos de resolverla sumariamente.

Los primeros cantos exhalados por la musa provenzal son todos himnos de amor y de galanteria. Guillermo IX, Jufre Rodel, Federico Barbarroja, Ricardo Corazon de Leon y Alfonso II, son todos trovadores que consagran sus liras en aras de aquella pasion, exagerada y santificada á un tiempo por el espíritu de la caballeria, que se iba á la sazón difundiendo en toda Europa. Pero el amor de los provenzales no es el sentimiento de íntima y pura adhesion y de respeto profundo que se descubre en los primitivos poemas españoles respecto del bello sexo; sentimiento que heredamos de los godos, y que no llega á revestirse de las formas de la galanteria hasta que deja de existir realmente, con los tiempos heroicos de nuestra historia y de nuestra literatura. Los trovadores limosines, como ha observado Federico Schlegel, rara vez consideran el amor bajo su aspecto elevado y paté-

tico, sometiéndolo casi siempre á discusion y sujetándolo á leyes metafísicas; porque no era entre ellos aquella pasion, destinada á purificar el corazon humano, la llama viva de la existencia, sino la llama pintada de la moda. Preciso era que los caballeros, siguiendo los pasos de Guillermo IX y de Jufre Rodet, tuviesen una dama á quien consagrar todos sus pensamientos, á quien levantar sobre todas las cosas de la tierra, y anteponer á veces á las del mismo cielo. Semejante manera de considerar el amor, adulterando y desquiciando tan bello sentimiento, no podia menos de producir el desórden y la licencia, arrastrando á los caballeros á cometer las mayores extravagancias, y aun los mas repugnantes crímenes. Ábrase en prueba de esta observacion la historia de los trovadores, desde el crédulo Juan de Nostradamo hasta Mr. Amedeo Duquesnel, cuyos trabajos literarios se han publicado en 1842. Sordello de Goito ó de Mantua, tenido por el mas bravo caballero de su tiempo, seduce y roba á la hermana del conde Bonifacio, abandonándola despues y desposándose con la hija del conde Eccelino, tirano de Verona; Arnaldo de Marveil concibe un amor adúltero por la esposa de Rogerio II, siendo esta pasion ilegítima canonizada en todas sus canciones; Bertrand del Born, impetuoso, áspero y belicoso por naturaleza, consumió su vida en torpes liviandades, luchas y pendencias, cansándose al cabo de amores y guerras, y retirándose á un monasterio para purgar sus crímenes; Peyrols de Roquefort se enamora de la hermana del Delfin de Auvergne, atrayéndose, con el cariño de esta princesa, el ódio de su esposo, la persecucion y el destierro que le impulsan á pasar á Tierra Santa en la segunda Cruzada; Pedro Vidal de Tolosa lleva en fin su desvarío hasta el punto de juzgarse amado por todas las mujeres, lo cual le induce á multitud de locuras, tomando en edad ya avanzada el nombre de *Lobo*, para complacer á una dama de Carcassona, llamada *Louve de Panautier*. Estas ex-

travagancias y estos crímenes, que se reflejan vivamente en la poesía y que llenan la primera edad de la literatura limosina, siembran las canciones de los juglares y trovadores de impiedades y adulterios; causando verdadera sorpresa el ver en la época de las cruzadas á Bernardo de Ventadour comparar los impuros besos de su querida con los mas dulces gozos del Paraiso:

E mi baisa la boqu'els huels amados  
Don mi sembra lo joy de Paradis.

Casi lo mismo dicen, al ponderar su amor, Arnaldo Catalans y otros muchos trovadores de estos tiempos, entre los cuales citaremos á Arnaldó de Marveil, cuando exclama:

Que si me lais Dieus s'amor jauzir,  
Semblaria'm tan la dezir,  
Ab lyeis Paradisus desertz.

El amor celebrado por los poetas limosines, aunque apasionado é hiperbólico, no es por tanto la pasión noble y sublime, santificada por la religion y escudada por el honor, ni se libra de la liviandad y la licencia que lo manchan y oscurecen. No es, para valernos de la fórmula creada por nuestra literatura, el *crystal puro que se empaña del aliento, ni el espejo que no consiente dos caras*, levantando á la mujer á una esfera verdaderamente ideal, donde solo recibe el tributo de la adoracion y del respeto.

Al lado de este falso ídolo aparecen en la literatura provincial otros caracteres no menos decisivos, no menos esenciales. La sátira y el epigrama son las principales fuentes en donde aquella musa se inspira: la duda y el sarcasmo, aun sobre los objetos mas altos y sagrados, constituyen su natural alimento, su mas poderoso incentivo. Examínense, en prueba de estos asertos, las mas completas colecciones de

poesias limosinas: ábrase por donde quiera la historia del erudito Giovan Mario Crescimbeni, ó la del entendido abate Millot; penétrese con Ginguené en el fondo de esta literatura, estudiando la preciosa coleccion formada por el diligente Sainte Palaye. ¿Qué encontramos, pues, en todas estas poesias?... Hay en ellas, no pocas veces, sazónada crítica de las costumbres, revelándose las verdaderas dotes de la sátira y del epigráma que bastaron para conquistar al terrible Jüvenal y al picante poeta de Bilibis, un señalado asiento en el templo de la Fama. Los poetas limosines se mofan de las viejas que se estiran las arrugas, se pintan el rostro y se tiñen las canas,

Pour reparer des ans l'irreparable outrage;

ridiculizan la vana ambicion de gloria, y se burlan á menudo del valor exagerado, echando en cara la deslealtad ó la cobardía á sus enemigos. Pero al mismo tiempo huellan todo lo mas respetable y sagrado de la tierra; ya insultando groseramente al clero y prodigándole los epítetos de *traidor, falso, mentiroso y perjuro*; ya negándole su poder espiritual y acusándole de *simonia, ambicion, hipocresia é impureza*; ora predicando contra el Pontífice y su dominio temporal; ora, en fin, increpando á Roma con una osadía sin límites y pidiendo al cielo su ruina.

Lo Saint Esperitz  
que receup carn humana  
entenda mos precs  
é fraigna tos bees,  
Roma; no'm entrecs  
com'es falsa é trafana  
vas nos é va'ls greecs, etc.

Hé aquí como principia Guillermo Figuiera una de sus

mas terribles sátiras, en que termina por rogar á Dios que confunda con sus rayos la cabeza del mundo católico. Raymundo de Castelnau se expresa del siguiente modo, al motejar las costumbres del clero regular, censurando amargamente sus vicios:

Si monge nier vol Dieu que si an sal  
 per pro maniar ni per femnas tenir,  
 ni monge blanc per boulas amentir,  
 ni per erguelh temple ni l'ospital,  
 ni canonge per prestar á renieu;  
 ben tene per folh sanh Peyre, sanh Andrieu  
 que sofríro per Dieu aital turmen,  
 si aquest s'en uen aissi á salvamen.

Y no solamente son denostados y escarnecidos en tal manera la Iglesia y sus ministros; sino que arrebatados en el torrente de su impiedad, tratan los trovadores á la religion con poco respeto, haciendo intervenir á Dios en sus burlas, y profanando con irreverentes chistes los libros sagrados y los mas sublimes misterios del cristianismo. Los poetas provenzales, que habian corrido en gran número á rescatar el Santo Sepulcro, no solamente llegan á maldecir las cruzadas, cuando experimentan algun contratiempo; no solamente se desatan en improperios y blasfemiás contra el clero que habia predicado aquellas guerras santas; sino que mueven su lengua contra el mismo Dios, porque no les daba siempre la victoria, deseando que los cristianos se tornasen infieles, puesto que Dios favorecia á los mahometanos y celebrando los desastres de aquellos y el triunfo del Ante-Cristo, á quien prometen rendir culto, si les otorga el amor de sus damas. Pero en este cúmulo de inmoralidad y de impiedad á un tiempo, se descubre un fondo de supersticion reprensible: los caballeros que en semejante forma contradicen la autoridad de la Iglesia y se atreven á profanar el nombre de Dios, mandan decir misas para reconquistar el

perdido amor de sus damas, quemando cirios y encendiendo lámparas con este propósito. Oigamos á Arnaldo Daniel en los siguientes versos:

Mill mesas naug en perferi  
 en art lum de ser á d'oli  
 che Dieus me don bon afert.

La sátira llevada hasta la mordacidad; el epigrama ensangrentándose en todo lo mas noble y mas santo de la tierra, y penetrando con saña en el hogar doméstico; la duda vertiendo su ponzoña sobre la moral y sobre la religion; el sarcasmo derramando amarga hiel sobre la pura fé de las creencias.... tales son en suma los mas relevantes caractéres de la poesia provenzal, desde mediados del siglo XII, en que realmente comienza á dar muestras de vida, hasta fines del XIII, en que parece extinguirse, para resucitar de nuevo á mediados del siguiente.

Ahora bien ¿cuál es el carácter de nuestra poesia desde sus primeros albores?... ¿En qué fuentes se inspira?... La poesia castellana tiene por fundamento la fé política y la fé religiosa, porque la guerra y la religion fueron las primeras fuentes de sus inspiraciones y de su entusiasmo. Los cantores de Bernardo del Carpio, de Fernan Gonzalez y de Ruy Diaz de Vivar, animados de un solo pensamiento é impulsados por la única idea del heroismo, no comprendieron siquiera la existencia de la duda, y hubieran considerado como desacato, como verdadero sacrilegio, el usar de la sátira ó del sarcasmo, respecto de objetos santos, logrando solo el desprecio y odio comun los que hubieran osado derramar la hiel del epigrama sobre cosas que merecian la veneracion mas profunda. Asi en el largo período, transcurrido desde mediados del siglo XII hasta fines del XIII (sobre el cual versa la comparacion que vamos estableciendo), no ofrece la

poesía castellana ningún ejemplo de incredulidad, siendo la religión el nùmen tutelar de los trovadores, como lo era de los guerreros en mitad de los combates. Ni aun cuando llega la hora en que la poesía reprende las costumbres generales y las del clero, falta á la dignidad y al respeto, ni asoma á los labios del vate la sonrisa de la ironía: solo se descubre en el fondo de su alma un sentimiento de amargura y de tristeza, doliéndose, como cristiano, de que por la flaqueza de los hombres, reciban estos el castigo de sus crímenes. Véamos, en prueba de esta verdad, cómo se expresa Juan Lorenzo de Astorga en el *Poema de Alejandro*, al afear las costumbres de su tiempo:

- 1661.—Se los que son ministros de los sanctos altares  
serviessen cada uno dignamiente sos logares,  
non serien tan crueles los príncepes cabdales,  
nen veriamos los otros á tantos de pesares.
- 1662.—Somos siempre los clérigos errados é viciosos:  
los perlados maiores, ricos é poderosos,  
en tomar son agudos, enno ál pegrizosos;  
porend nos son los Dios irados é sannosos.
- 1663.—Ennas elecciones anda grant breconía,  
unos vienen por premia, otros por simonía:  
non demandan edat, nen sen de clerecía;  
porend no saben tener nulla derechuría.
- 1664.—Cuemo non han caballeros dulda de los perlados  
casan con nas parientas, andan descaminados;  
facen malas revueltas casadas con casados:  
somos por talés cosas de Dios desasperados!...

Nótese, pues, cuán diferente es el sentimiento que se revela en estos versos del que resalta en los cantos limosines, teniendo en cuenta que Juan Lorenzo floreció á mediados del siglo XIII, época en que se había transformado ya en erudita la poesía castellana, alterándose algún tanto sus nativos caracteres. Ni en la *Leyenda de las mocedades*, ni en el *Poema del Cid*, ni en la *Vida de Santa Maria Egipcíaca*,

ni en los demas primitivos monumentos de nuestra literatura, se encuentra una sola frase que amancille la pureza del dogma, ni que amengüe la integridad de la creencia: vése por el contrario exaltado en todas partes el sentimiento religioso, que con tan vivos colores se refleja despues en las obras de Berceo, haciéndole prorumpir en el siguiente dístico, que encierra el doble dogma del pueblo castellano, tal como puede considerarse, al reconorer los caractéres del arte que nace y se desarrolla en nuestro suelo:

Un Dios é tres personas, esta es la creencia;  
un regno, un imperio, un rey, una esencia.

No halla por tanto la crítica, semejanza alguna entre la poesia limosina y la castellana, juzgando esta cuestion filológicamente. La primera es incrédula, impia, sarcástica y supersticiosa al mismo tiempo: la segunda es esencialmente religiosa, teniendo por base y norte de sus aspiraciones la fé, y llegando en su exaltacion á revestir las potestades de la tierra de un respeto profundo, que las levanta á veces á las regiones de la beatitud y de la santidad, en vez de hundirlas en el cieno de la flaqueza humana. De esta diferencia capital entre una y otra poesia, resulta naturalmente la distinta manera de considerar el amor uno y otro arte: la galanteria de los provenzales, como hemos indicado ya, sobre ser una exageracion inverosimil de aquel sentimiento, no se libra de la liviandad ni de la licencia; pero el amor no es en los primeros poemas castellanos la pasion desenfrenada y fisiológica que todo lo atropella y amancilla: es el respeto, la adhesion mas profunda hácia el objêto amado, sin que enturbien deseos carnales su candidéz y su pureza. Así, cuando se ha querido fijar á la poesia española su origen en la limosina, se ha perdido lastimosamente de vista el genio particular de cada literatura, sin que en la cuestion de forma; es decir,

respecto de sus relaciones artísticas, se haya procedido con mayor acuerdo, según vamos á demostrar en breve.

Cualquiera que haya examinado con madurez los primitivos monumentos del arte provenzal y los del español, comprenderá fácilmente la inexactitud con que procedió don Leandro Fernandez de Moratin, al proferir en sus notas á los *Origenes del teatro* las palabras que pusimos arriba: «los trovadores» de Castilla, decía, escribieron en su propia lengua, imitando á los provenzales y adoptando la medida y colocacion de sus «versos». No es posible precisar mas una cuestion en que no se han tenido quizá presentes los datos que deben resolverla. La primera cualidad de la poesia de los provenzales, es respecto de las formas el sentimiento de la armonía, lo cual debió producir naturalmente una diversidad prodigiosa de rimas y de metros, constituyendo toda su riqueza. Asi sucedió, en efecto: la multitud de formas líricas que conocieron y emplearon los limosines, asi como la variedad de sus metros y de sus rimas, no solamente dan una brillante idea de su fecundidad en toda clase de combinaciones, sino que ponen tambien de manifiesto la diferente índole de aquella literatura, al compararla con la castellana. Desde los versos de dos sílabas hasta los de doce, fueron ensayadas todas las combinaciones posibles. La rima era ya pareada, ya cruzada, enlazándose á menudo de unas en otras estrofas, y formando un encadenamiento fastuoso que tenia por único objeto sorprender y cautivar el oido. Componíanse estas estanzas desde cuatro hasta veinte y ocho ó veinte y nueve versos, admitiendo generalmente diversidad de metros; y cuando se empleaba uno solo en cada estrofa, pasaban pocas veces de diez versos, siendo estos precisamente de cinco á doce sílabas. El conjunto de estrofas, en mayor ó menor número, caracterizaba los diferentes géneros de composiciones: las baladas, las canciones, los sonetos, las albas y serenatas, los rondeles, los discordes, las sextinas, las *tensons*, los

cuentos ó novelas, las pastorelas y los sirventesios son todas composiciones usadas por los provenzales desde Guillermo IX hasta Giraud Riquier, y destinadas cada cual á expresar un órden de afectos distintos. Era la *balada* una composicion breve, en la cual se glosaba un pensamiento ligero; equivale la *cancion* á la oda; acompañábase con instrumentos el *soneto*, empleándose para cantar toda clase de asuntos; servian el *alba* y la *serena* para saludar al nuevo dia los amantes; formábase el *rondel* de rimas enlazadas artificiosamente, ley á que no se sugetaba el *discord*; era la *sextina* el martirio de los versificadores; prestábase la *tenson* á toda lucha poética, tomando la forma del diálogo; revestíase el *cuento* ó la *novela* de la alegoría, y recordaba la *pastorela* las églogas de la antigüedad, mas bien por su objeto que por su forma; empleábase el *sirventesio* en referir las historias de los caballeros ó en satirizar en la forma que dejamos notado, las costumbres, los sentimientos y las creencias. La poesia limosina, que ya describe con sorprendente brillo la naturaleza, formando una especie de oasis encantado, en frescos valles de eternas primaveras, de perdurables flores y de cristalinas fuentes y arroyuelos, donde llevan los ruiseñores sus mensajes de amor y cantan otras aves sus venturas; ya presenta una metafísica ingeniosa, donde disputan el corazon y la razon, el corazon y los ojos, la lengua y el corazon, apurando á veces todas las formas silogísticas; no puede ser mas rica respecto de sus formas exteriores, si bien abunda en pensamientos frívolos y alambicados, reflejando en el fondo todos los extravios que hemos notado anteriormente.

No puede la poesia castellana bajo este punto de vista competir con tan extraordinaria riqueza, considerada desde los primeros dias de su existencia hasta la época de don Alonso el Sabio, á quien Giraud Riquier dirige la *Suplicacion*, de que arriba hemos hecho mérito. La metrificación de la *Leyenda y del Póema del Cid*, ora sea de origen árabe, ora latino,

aunque ha llegado á nosotros no poco adulterada, manifiesta en su gravedad que no se prestaba fácilmente al movimiento lírico, bien que diese ocasion con la flexibilidad de sus hemistiquios de siete y ocho sílabas á la recitacion y al canto. La consonancia, imperfecta aun y poco determinada, propende con frecuencia al monorímo, sin que se cruce ni enlace como en las composiciones provenzales. Casi los mismos caractéres se descubren en la *Vida de Santa Maria Egipciaca* y en el *Poema de los Reyes magos*: ya se considere la rima al final del hemistiquio de cada verso, ya se suponga que son estos de siete y ocho sílabas, nunca se encuentran aquellas combinaciones variadas é ingeniosas que tienen mas bien por objeto avasallar el oido que excitar el sentimiento, único y exclusivo término de la primitiva poesia castellana. Ni aun cuando, ya en brazos de Berceo, aspira esta á hacerse erudita, se desvanece en el maravilloso laberinto de metros, rimas y estrofas que la provenzal ostenta. Solo se fija entonces en grupos de cuatro y muy rara vez de cinco versos, rimados en un mismo consonante y compuestos de catorce sílabas; forma que no conocieron los provenzales en el primer ciclo de su literatura, y que recibe el nombre de *gran maestria*, conservando exclusivamente el imperio de la métrica erudita hasta que don Alonso el Sabio, ensaya todas las combinaciones imaginables, desde los versos de seis hasta los de diez y seis sílabas, dando á la versificacion un ensanche inusitado. No se descubre en consecuencia vestigio alguno en la poesia escrita de los castellanos, por donde pueda admitirse el aserto de Moratin, quien, por no haber comparado los monumentos originales, se dejó llevar mas de lo justo de los errores entronizados en el siglo anterior, errores que deben ya ir desapareciendo, si la crítica ha de producir el deseado fruto. Pero si apartando la vista de la poesia erudita, la fijamos en la popular, encontraremos indudablemente que tan grande como es la diferencia que existe relativamente al fon-

do de una y otra literatura, tan inmensa es la distancia que se advierte respecto de sus formas. El romance castellano, nacido al sembrar los trigos, segun la pintoresca expresion de Lope de Vega, no solamente es original en su esencia, sino que no es posible hallar en él las huellas de otra metrificación extraña, siendo, como dejamos ya apuntado, patrimonio exclusivo de nuestra literatura.

Acabamos de examinar bajo sus relaciones históricas, filosóficas y artísticas esta importante cuestion, que ofrece tanto mas vivo interés, cuanto mayor ha sido la credulidad con que se han admitido los errores, cundiendo de un modo inexplicable, aun entre los críticos de mas justa nombradía. En la cuestion histórica hemos probado con auténticos é irrefragables testimonios que la poesia española puede, por lo menos, rivalizar en antigüedad con la limosina: en la filosófica, que siendo absolutamente diversos los fundamentos de una y otra literatura, no fué posible que la provenzal diese nacimiento á la castellana; lo cual dejamos demostrado de una manera inequívoca: en la artística no puede quedar ningun género de duda (ni aun á los menos entendidos en estas materias), de que no se descubre *entre ambos artes* rasgo alguno de semejanza, siendo de todo punto distintas las leyes y condiciones de una y otra metrificación, de una y otra rima. Si, pues, en ninguno de estos terrenos puede sustentarse con esperanza de buen éxito la opinion de Villemain y de Moratin, ¿en qué clase de hechos se han fundado para resolver, sin escrúpulo alguno, que debemos á los provenzales el precioso don de nuestra poesia.....? ¿Por qué el injustificable empeño de hacer tributario desde su cuna á un arte que nace al grito de libertad é independendencia; para santificar á un tiempo el triunfo de la religion y de la patria.....? La causa única de semejantes extravios consiste, en nuestro concepto, por una parte en el exclusivismo é intolerancia de las escuelas literarias; por otra en la omnímoda autoridad

que se ha ejercido en el campo de la crítica, siendo verdadera rémora de todo estro que pudiese menoscabar su absoluto imperio.

Quede, pues, asentado, que la literatura española no reconoce la influencia limosina en el largo espacio de tres siglos, ni aun hecha ya erudita; porque la poesía de los trovadores no floreció en España, según observa cuerda-mente Federico Schlegel, hasta principios del siglo XV, después de haber brillado en las demás naciones. El arte español, cuyas primicias exhalan la pura fragancia del tomillo, no solamente ostenta la candidez y naturalidad de las costumbres de nuestros abuelos, sino que hace gala, como ellos, de altivez é independencia. Si llega un día en que pierde el sello de la originalidad y aspira á un cosmopolismo exagerado; si en esta época se somete á las leyes del arte clásico, de cuyas espléndidas galas se reviste, perdiendo así su antigua fisonomía y renegando, hasta cierto punto, de sus propios orígenes; no por esto hemos de hacerle en todas sus edades derivado, tornadizo y tributario.

HE DICHO.